

Koenenborg, establecimiento para la cura de afecciones nerviosas y la hipocondria, cerca de Esslingen en Alemania.

CASTILLO DE TIAR EN EL CAMPO DE SALINAS,

después convento.

Y HOY CASA RUINOSA EN LA DEHESA DE CAMPO AMOR.

El castillo de Tiar se halla situado en el límite occidental de la provincia de Alicante, media legua hacia el Norte del mar Mediterráneo y cinco al Sur de Orihuela, en dicha provincia, en una esplanada en alto sobre la margen de ocaso del arroyo de San Ginés (en lo antiguo de la Greda), está fundado sobre las ruinas de la antigua Tiar, pueblo de la Contestania poblada por los griegos-foleios, según lo demuestran el célebre Lozano en su *Bastitania y Contestania en el reino de Murcia* y lo confirman otros geógrafos. Escolano supone estar sobre las ruinas de Bigastro, error conocido y manifiesto, pues á tres leguas hacia el Norte de Tiar se halla Bigastro ó Lugar-nuevo.

El castillo de que nos ocupamos es uno de los que de la edad media ha llegado al través de los tiempos hasta nosotros, si bien bastante maltratado, conservando siempre los suficientes datos y vestigios que nos manifiestan patentemente el carácter de una época en que la ley, el honor y la dama, eran las ideas que ocupaban la mente del caballero, edad que á medida que se aleja de la nuestra va adquiriendo con los años vivos colores el sello de la poesía con que se distingue en la historia y en sus monumentos. El castillo de Tiar, pues, elevado en un desierto en el centro de una vasta posesion cubierta de pinares y en terreno montuoso y quebrado, sus dos plazas de armas en completa ruina, sus anchos y altos muros con troneras para arqueros, sus fosos interior y exterior casi cegados y puente levadizo que hoy sirve de puerta donde mismo se alzaba, contribuyen con el gusto severo de su arquitectura á caracterizar mas y probar demostrando el eloquente lenguaje de las ruinas, la grandez y el rango de los dueños que lo edificaron.

Se ignora quién fué el fundador de este castillo, pues aunque la leyenda que acompaña, nombra á un Tomás Pedross, vecino de Ori-

huela, este fué, como dice en la misma, quién fundó en él el convento erigido de San Ginés, de la orden de la Merced, edifiéndolo juntamente con mas de una legua en cuadro que comprende la (1) dehesa y propiedad que cedió á la cartuja de Via Celi en el reino de Valencia. El exterior que ofrece en conjunto es el de una gran torre cuadrada que por la parte de Oriente conserva mas el carácter primitivo de su construcción, que pertenece al gusto del 1200 al 1500, ó sea Bizantino; tiene este cuerpo en cuadro unas veinticuatro varas ó algo mas, y de altura como unas veinte; en el centro de dicha pared de Oriente se halla la puerta de hierro practicada en forma de arco rebajado con el dintel y dovelas de piedra, sobre la cual está el recuadro con la lámpara precintada, hacia la parte de ocaso, y pegado á el anterior se halla otro cuerpo con varias piezas, y en la misma direccion un gran cuadrado cerrado de unas ocho varas por lado con grandes muros de piedra, cuya parte interior está mas honda que la superficie exterior sobre que se eleva á vara y media cerrando á Toluz, cuya parte superior está destruida y parece este cuerpo una gran cisterna; entre este y el anterior hay un espacio como de tres varas escasas, á que da paso un fuerte arco de piedra con su muro algo ruinoso, que es todo de piedra de dos cuartas en cuadro como el resto del edificio: hacia sus ángulos y dintelas de puertas en esta parte se ven fragmentos de columnas y piedras labradas desprendidas y enterradas en parte con los escumbros. Lastima que el actual é ilustrado dueño de esta propiedad no conserve en mejor estado los restos de este precioso monumento, espuesto á destruirse completamente.

El claustro interior que representa la lámina es todo de piedra labrada, y los capiteles de sus columnas son Bizantinos, como tambien en el orden de arcos de la galeria alta, columnas, escudos y surtidores para las aguas lluvias: del claustro bajo dá una puerta á la izquierda de su entrada, comunicando con el oratorio, que es del mismo orden y gusto arquitectónico y del que se conserva en muy mal estado

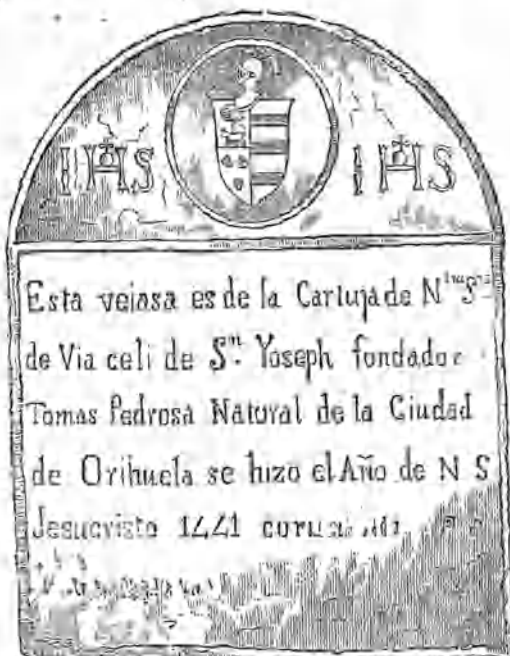
(1) Esta gran dehesa confina por S. con el Mediterraneo, N. con la Peña del Águila y con una ermitilla de salinas llamada de la Salas, y ocaso con el mayorazgo y hacienda del señor marqués de Rafal.

solo el coro bajo y el espacio que comprendía la iglesia, que ostenta aun como último índice de lo que fué, algunas losas y los sitios donde estuvieron sus tres altares. El pavimento se conoce fué todo de azulejos Bizantinos, encontrándose en su centro un enterramiento en que están sepultados varios de la familia de Pedrosa, algunos friles y el D. Tomás que reñere la lápida: el rico artesonado y pinturas en tablas que decoraban las capillas desaparecieron cuando suprimidas las comunidades religiosas quedó la dehesa toda en administración como fincas del Estado con las demás propiedades.

En el circuito que ocupaban las dos arruinadas plazas que forman otros tantos planos se descubren ruinas de balsas y cañerías reedificadas y destruidas después, hallándose en todas las cercanías de este castillo montones de escombros, vasijas fracturadas y enteras de finísimas arcillas, tejas, ladrillos, lucernas y otros objetos pertenecientes á tiempos genios, cartagineses, romanos, árabes y posteriores, ostentando los mejores atributos artísticos. El que llamaban arroyo de la Greda, que desemboca en el puerto de este nombre, cortaba la población que allí existió y un camino romano que de Carriago Nova partía á Roma por la costa oriental de la península, pasando por este sitio, ponía al antiguo pueblo de Tiar en comunicación con todos los demás.

A diferentes alturas en los bordes del mencionado arroyo, cuyo cauce por sitios está á corta vertical, se ven todavía las diferentes alteraciones que ha sufrido aquel terreno de pura aluvia y el curso que dieron en varias épocas, desde las mas remotas hasta el día, en que á cierta distancia hácia N., hay una presa ó bajamar de obra que á cierta distancia hácia N., hay una presa ó bajamar de obra moderna, que detiene el curso de las aguas elevándolas á un nivel mas alto, que les facilita salida por un largo cauce practicado en piedra, que conduce el agua á las cercanías y continos del castillo, donde fértiliza mas de 40 taulas de tierra plantada de frutales, que en forma de gradas escalonadas descienden hasta terminar en la misma orilla de O. del arroyo que por esta parte está poblada de adelfa silvestre, pinos y álamos blancos, haciendo mas pintorescas las inmediaciones del ruinoso castillo; en el dia albergo de la pobre familia del hortelano que cultiva la huerta de esta quinta, cuyo edificio es resto de la antigua grandeza del reino de Aragón, cuando Orihuela con el reino de Valencia, estaban comprendidos en aquel. Hoy los ganados seanean á la sombra de los viejos murallones que un dia fué la grata mansión de un opulento magnate; y los vellos claustros se sirven por la noche de aprisco, fatal destino de las grandezas humanas! que el poder de los tiempos tranquila, destruye y nos lega erigidas en ruinas para que en tan elocuente y filosófico libro leamos el destino de la humanidad.

J. ALRACETD



El resto de la lápida después del año 1841 no se puede leer por estar destruida la superficie baja.

Esta lápida, que por su letra no parece del mismo tiempo de la fecha, sería puesta muy posterior, refiriéndose á la fundación verificada en dicho año; su language es bastante corrompido quizá por el lapidario que sería valenciano, pues por dehesa dice veiasa.

Los cristos no se qué relacion tenga con el orden de la Merced: no hay mas datos.

LA VUELTA DE JUAN PEREZ.

(Continuacion)

- Juan, ¿quién era esa mujer?
—Mi hermana y mi novia.
—¿Cómo?
—Mi hermana, porque era huérfana y la había criada mi madre; y mi novia, porque nos íbamos á casar cuando era quinta.
—¿Y estás resuelto á engañarte?
—Casi lo estoy.
—Vamos, tú tienes mal corazón. Tienes una hermana y una novia, y quieres engañarte; Cabrera mismo no sería capaz de una cosa semejante.
—Desde que se murió mi madre, creo que la perdí... y que quieras, cosas del mundo, la olvidé.
—¿Y era huérfana por segunda vez?... Vamos, Juan, tienes mal corazón.
—Es que ella habrá hecho lo mismo; y aunque era huérfana era rica; tenía un olivar de trescientos pies y una viña de cinco mil cepas.
—¡Tanto mejor! con vino y aceite no se muere nadie en el mundo. No pierdas tiempo. Lo que no sucede en un año, sucede en un minuto. Cuelgate el mural, échale á coostas ese capote, que ha sido tu pellejo tantos años, y paso redoblado.
—Tengo mi do.
—Ya sabes que los cobardes son los que mueren primero. Con que, arriba. Vamos á beber la última copa de aguardiente (Y qué diablos! si no se acuerda de ti, si no encuentras á la hermana ni á la novia, mejor, cara de perro: haces un cuarto de conversión, giras suavemente sobre el talón izquierdo, y *tran, catop'an, cataplan*, te vuelves al regimiento, ó te ahorcas de un pino, que todo da lo mismo.
En el estado de incertidumbre en que se hallaba Juan Perez, le pareció la última razón del caso ircontestable, y decidió por fin, como lo decía, probar fortuna; y como era ejecutivo en todas sus determinaciones, dicho y hecho; echó á cuestras su mural, cogió de su cuello el tubo de hoja de lata que guardaba en licencia absoluta, y ambos compañeros fueron á renovar la despedida con dos copas de aguardiente, en una taberna pintada de almazarrón y octe, allá á lo último de la calle de San Vicente.
En el apretón de manos mas estrecho los sorprendió el sargento Pelao; y el cabo Suarez mirándole de soslayo, le dijo á Juan Perez á media voz y muy despacio:
—Juan, si ayés decir que han muerto al sargento Pelao, no preguntes mas.

II.

LA CAMPANA DE LA ALDEA.

Llevaba Juan Perez seis dias de marcha, y habia seguido constantemente el mismo res. El día séptimo por la tarde lo abandonó para subir una colina suave, que se levantaba á su derecha coronada de olivos y sembrada de ligueras chumbas.

A pasos lentos avanzaba por la pendiente de la colina, y caminaba sin consancio y sin afán: cada paso correspondía á un latido de su corazón; audaz, indiferente, sossegado, y, ¡ay! se acercaba á su lugar nativo después de siete años, allí donde estaban los recuerdos de su primera edad; donde estaba la sepultura de su madre, y donde debía encontrar á Cecilia, que lloró tanto aquel día tan pronto olvidado, en que se separaron preso para no volverse á ver mas. Allí en aquel mismo sitio que ahora pisa indiferente, debajo del olivo grande que se levanta sobre la cima del monte, hacia siete años, á la misma hora, medio oculto el sol en las sombras de la tarde, se despidió de su madre y de Cecilia, únicos amores de su vida. Allí se habían derramado sus últimas lágrimas; allí habia recibido los dos últimos besos; allí de rodillas entre los brazos de su madre y de su novia, al sonido de la campana de la aldea que llegaba triste y lento como queriendo darle tambien su último adios, habia hecho su último voto y su última oración.

Subió lentamente hasta la cima de la colina, y se detuvo. Tendió la mirada por el valle que sirve de corona á la graciosa aldea, y vió el estrecho campamento compñarse entre el caserío apañado, como un recuerdo mas vivo entre confusas memorias que empiezan á dispersarse.

El cuadro que se desenvolvía á su vista no podia serle indiferente y para contemplarle mejor se apoyó ligeramente contra el tronco del olivo grande, derramó su mirada serena, y comenzó á silbar un toque de guerrilla.

Los últimos rayos del sol poniente empezaban á desaparecer detrás de un grupo de nubes; soplaban un vientecillo frio y húmedo; Juan Perez permanecía inmóvil observando una cosa que estaba sin duda en

serenidad con la vaguedad de sus pensamientos. Desde el momento que dominó la cima de la colina había visto su propia sombra proyectarse a lo lejos en dirección a la aldea, pues teniendo el sol á su espalda, le había casi horizontalmente. La había visto crecer y estenderse, prolongarse como una línea, llegar hasta las primeras casas de la aldea, y como fúlgida caer lentamente sobre las tejadas del caserío, iluminadas entonces por una luz semejante al reflejo de un incendio; la vió subir fatigada por la pared blanca y estrecha del campanario, y fijando su planta sobre la última cornisa, crecer y dispersarse, apagando el brillo que de piedra la bala de bronce sobre la que se empinaba la vellela. En aquel momento se hundió el sol completamente, y Juan Perez se sintió oprimido y le estaba tentado el demonio de la superstición. Su sombra evaporada, por decirlo así, al tocar las casas de su aldea, despertaba en su corazón un triste presentimiento, y la idea de un desengaño se cubría en él y lo mortificaba.

Algo sucedió en el fondo de su alma que le hizo cambiar de parecer, y matutando al cabo Suarez, dió media vuelta, y exclamó sordamente: «Me vuelvo al regimiento.»

Entonces la campana de la aldea sonó tres veces, dejando en el aire un eco trémulo que parecía un gemido; Juan Perez se erguió como si hubiera sentido el efecto de un resaca, como si un coronel le hubiera gritado: «¡Firme!» Y llevando la mano derecha á su gorra de cuartel, descubrió la cabeza.

¿Cuántos recuerdos acudieron en tropel á su memoria! El eco de la campana había sonado en lo más profundo de su corazón. Era una guija que quería decirle: «Te ha esperado siete años, y he rezado todos los días por tí... para de largo por la aldea, si no encuentras en ella el amor que dejaste: vuélvete si no traes contigo el corazón que te llevaste.» Y el soldado registraba con ansia todos los rincones de su memoria; buscaba todos los detalles, todos los pormenores de aquellos días que había ido olvidando poco á poco. Veía á Cecilia con su vestido de fiesta asirle el brazo entre la multitud curiosa que lo abrumaba á preguntas; se sentía arrastrar por ella impaciente de alegría hacia el ábside de la iglesia, y allí de rodillas rezar una oración, que ella le hacía repetir palabra por palabra. Después, sin detenerse, asidos de la mano, cruzaban las dos calles de la aldea, y silenciosos llegaban al cementerio rodeado de rosales silvestres y de altos cipreses; y allí también, como en el ábside de la iglesia, de rodillas ambas sobre una sepultura adornada de siemprevivas, rezaban la oración de los difuntos por el alma de su madre; y luego aprisionado entre los brazos de Cecilia, recibía aquel beso de despedida, mientras todos le cercan, le hablan, le preguntan y le evadían. Y en el calor de su imaginación exaltada, se distinguía en aquellas noches de invierno al amor de la madre, rodeado de su mujer, de dos hijos huérfanos, que uno duerme en el seno de su madre, y otro se balancea sobre sus rodillas; contando los peligros, las fatigas y los horrores de la guerra á la vejez que absorba la escucha.

El eco de la campana triste y dulce á la vez, grave y sencillo, se había grabado en su corazón como una palabra santa. El amor, la amistad, la esperanza resucitaban para él. Los siete años de campaña hubieron de su imaginación, y su corazón salía lleno de vida y de ansiedad como antes, cuando su madre y Cecilia le acariciaban y le bendecían. Todos los vicisitudes que le parecían rotas se anudaban; todas sus esperanzas marchitas florecían; todos sus antiguos deseos se avivaban, y parece que van á cumplirse.

Erguido y con su gorra en la mano escucha por segunda vez el sonido de la campana. Entonces reza... no se le ha olvidado ni una palabra siquiera: la oración que le había desamparado, solo había dormido en el fondo de su alma; hacia siete años que no rezaba.

III.

LA APARICION.

Llovía á torrentes; era una de esas tempestades del otoño en que el cielo se deshace en agua, en viento, en relámpagos y en truenos, y en la noche resaca como boca de lobo.

Junto á la iglesia de la aldea, al pié de la torre, casi como parte de ella se dibujaba una casita blanca como la nieve, con una puerta ancha y de nos esta boja; su altura de un piso, y su única fachada consistía en dos ventanas cruzadas de listones de pino y colocadas á uno y otro lado de la puerta. Esta casa se comunicaba con la sacristía de la iglesia, y en ella vivía la parte más integrante del culto, el *alcaide* que *no* de los altares, de las lámparas y de los santos; el sacristán.

La noche hemos dicho que era tempestuosa, oscura y fría. La familia del sacristán, al amor de una humbre alimentada con semillas medio verdes, medio secas, se estremecía á cada relámpago y temblaba á cada trueno.

La madre del sacristán, aletargada con sus noventa años, casi dormida y casi rezaba empotrada en un sillón de baqueta tan decrepito

como ella; á sus piés sentada sobre un pedazo de estera la mujer del sacristán hilaba lentamente un hilo tan rubio como el oro; y Valentín el organista, hijo único del sacristán, encorvado sobre sus rodillas, acariciaba á un niño de dos años redondo y fresco como una manzana, y levantaba de vez en cuando su cabeza con una tristeza imposible de describir, para fijar sus ojos azules mas tristes todavía sobre la fisonomía dulce y resignada de una muchacha de veintidos años, que cerca de él se apresuraba por concluir una calceta de lana.

Habría una tinta de profunda melancolía en este cuadro reposado y mudo, y formaba un extraño contraste con la alegría de Mateo el sacristán, que paseándose con la movilidad de una ardilla, daba vueltas, se restregaba las manos, y hablaba, murmuraba y rezaba.

—Valentín, hoy hace dos años que te di por mujer á esa rosa de mayo que tienes junto á tí, y fuera de eso rapazo que tienes sobre las rodillas, maldito lo que has hecho de utilidad. Tienes abandonada la hacienda, y pasas las horas muertas, haciendo sonar los puros del órgano, que parecen una legión de muchachos que lloran á un tiempo.

Valentín movió la cabeza, y rompió en una tos involuntaria, seca y profunda, que hizo asomar á su frente algunas gotas de sudor.

La mujer del sacristán miró á su hijo con ansiedad, y la muchacha de veintidos años dijo, alrayéndole hácia sí con una mirada la cabeza de Valentín:

—No le nña Val., señor Mateo.

—Que no le nña, si; déjale dormir en las pajas, y ya verás el pan que ha de hartar á tu hijo cuando yo muera. ¡Es verdad, madre!

La anciana levantó los párpados y exclamó:

—Antes de sembrar, solo Dios sabe la mies que ha de ir á la era.

En aquel momento brilló un relámpago, y retumbó un trueno tan largo y tan profundo, que parecía una montaña reducida por un abismo sin fondo. Todos se santiguaron.

—¡Eh, cómo aprieta! exclamó el sacristán saltando de alegría. ¡Qué modo de llover! La siembra que se prepara nos va á dar una cosecha horrosa. Levantó esa cabeza, dijo sacudiendo á Valentín; te duermes al son del agua como las viejas en el sermón.

—No dormía, padre, dijo Valentín con una voz tan desmayada que casi no se percibió.

—¿E-és malo? le preguntó su madre.

—No.

—¿Estas triste, Valentín? le dijo su mujer.

—Como tú, como siempre.

—Tú tienes algun pesar, dijo su madre.

—¿Qué no tiene alguno!...

—¿Y por qué no se lo dices á tu madre? Yo soy tú mujer... y me lo ocultas.

El organista sintió un nuevo golpe de tos, que trató de ahogar inútilmente.

—Hay pesares que no se pueden decir. Tú lo sabes, dijo fijando en su mujer una mirada de dolor inconcebible.

—¡Vot!...

—Hay recuerdos extraños.

(Continuá.)

JOSÉ DE SELGAS.

LA PAZ DEL MATRIMONIO.

CUADRO DE COSTUMBRES.

—*Parécete feliz, Anita, siempre feliz. Jamás he visto matrimonio en que marido y mujer parecieran más felices.*

—¡Oh! Catalina, dijo riéndose la señora Huntington, en esas pocas palabras no os habeis servido mas que dos veces del verbo *parecer*. Y tenéis un aire preguntón, como si quisierais saber un poco mas acerca de la vida matrimonial antes de dar el último paso. Afortunadamente no está aquí Enrique para ver la tristeza que descubro en los ojos de su novia. Podrá creer que su corazón está lleno de temor en vez de palpitante gozo con la aproximación de la boda.

—No os burles de mí, Anita, sino habladme como tenéis costumbre de hacerlo. Yo amo á Enrique, ya lo sabéis, y sin embargo, estoy muy inquieto. Veo tan pocos matrimonios enteramente felices, felices como yo quisiera serlo. Vos sois la que os aproximáis al objeto de mis deseos. ¿No tenéis alguna vez pequeñas?...

—¿Querellas? No, ahora no. Hemos tenido una, y creo que es menester necesariamente que llegue tarde ó temprano.

—¿Queréis contarme eso, Anita?

—Sí, si lo deseáis, quizá pueda seros de alguna utilidad.

—Yo era una joven romántica, como lo sabéis vos, Catalina. Tenía algunas amigas, á quienes yo amaba tícidamente; pero esas amistades no me satisfacían. Mi corazón reclamaba algo mas, apenas si su-

bla el qué, hasta el día en que amé á mi marido. En los primeros tiempos de mi matrimonio me preguntaba á menudo:

—¿Encuentro en esta vida todo lo que yo me prometía? ¿Soy tan feliz como pensaba ser?

Y mi corazón respondía siempre:

—Sí, y más todavía.

La novela matrimonial, si puedo explicarme así, nos duró largo tiempo. Yo sentía una satisfacción inexplicable cuando estábamos juntos. Me gustaba pasear sola con él. Las mejores horas eran aquellas en que charlábamos ó leíamos los dos solos. Si sentía alguna desazón hacia los mayores esfuerzos para estar alegre en presencia de mi marido. Temía mucho el quedarme estúpidamente muda á su lado, ó el no tener qué hablar sino de los niños ó la cuenta de la cocina. Procuraba recordar todas las cosas amables que había leído, pensado ó oído, para repetirselas, y cuando esta materia quedaba agotada, cada uno de los dos teníamos nuestro caballito encima del cual subíamos, de suerte que si guardábamos silencio no era nunca porque no tuviéramos nada que decirnos. Así vivimos unos dos años. Yo era muy feliz. Me se figura que las que nos veían se sorprendían de vernos con tanto gusto y tanto tiempo juntos.

Hasta entonces yo no había tenido nada que sufrir. Comíamos en la fonda, yo no me ocupaba de nada; la ternura de mi marido era una panacea para los males pequeños á que nos vemos sujetos aun en medio de la felicidad. Pero esto no podía durar siempre. Sus negocios le ocuparon cada vez más, y yo tuve que cuidar de la casa y de un niño. Entonces se puso á prueba nuestra paciencia por la vez primera. Hasta allí nos habíamos dedicado el uno al otro; en lo sucesivo, los sinsabores de la vida absorbieron nuestra energía. Yo me apercebí la primera de este cambio. Me parecía que se cernía sobre nosotros una nube sombría. Algunas veces se apoderaba de mí la tristeza pensando que mi marido no me amaba ya tanto. Ahora, cuando vuelvo la vista atrás me se figura que aquella fué mi primera falta. Aquellas horas de tristeza disminuían mi valor. Era una injusticia que no debí cometer contra mi marido. Quedóme en la imaginación una herida dolorosa, que me afectó como si hubiese sido víctima de una grave injuria.

Tiempo hacía que mi corazón sufría esta llaga. Yo me guardaba estos disgustos, porque á la vez sentía orgullo y vergüenza de confesarlos. Esta fué mi segunda falta. No puede haber felicidad conyugal si no reina entre los esposos una absoluta confianza.

Vino una estación fría y húmeda. Yo me levanté una mañana muy irritable. Estaba constipada con dolor de cabeza, y mi hijo me había incomodado toda la noche. Mi cocinera era una campesina ignorante, y aquella mañana hizo el almuerzo peor que nunca. El *breakfast* estaba carbonizado, los huevos duros como bolas, el pan sin cocer, y el café excremento. Mi marido soportó con paciencia heroica todo hasta la llegada del café, que acabó con su paciencia. Volcó la taza, y dijo con tono semi-enfadado:

—¿Quisiera que lográsemos una vez un buen café. Anita, ¿por qué no lo hay aquí nunca como en casa de mi madre?

Aquella fué la gota que hizo desbordar mi vaso ya lleno. Mi mal humor estalló.

—¡Jamás encontraré nada bueno en casa, exclamé, y me estremecí yo misma con el sonido de mi voz. Mejor haría en permanecer en casa de vuestra madre, si no estáis contento aquí, ó dadme criados que sepan hacer algo. Yo no puedo hacerlo todo... cuidar de noche al niño, y hacer el almuerzo por la mañana.

—Yo no sabía ser tan sin razón, respondió él con aire ofendido.

Después de haber estado algunos minutos en la mesa sin pronunciar nada, se levantó, cogió el sombrero y salió.

Cuando sentí la puerta, perdí todo mi valor. Encerréme en mi cuarto, me senté en una silla, y me eché á llorar como un niño. Era la primera vez que yo respondía de aquel modo á mi marido. Me parecía que una desgracia nos amenazaba. La cebrza se me calentó de tal suerte, que di una vuelta por la habitación retorciéndome los brazos.

¡Oh! todo se acabó, pensé, ya no habrá felicidad para nosotros en este mundo. Y este pensamiento me hizo sumamente desgraciada. Un negro sudario me cubría de pies á cabeza; el porvenir no me ofrecía más que tinieblas y desolación. En mi miseria, procuraba consolarme descargando la censura en mi marido. ¿Qué necesidad tenía de hablarle así? exclamé; bien podía haber visto que estaba malo é incapaz de sufrir nada. Fué una maldad de parte suya. Es claro que no se ocupó de mí como en otro tiempo. Y después repétome sin cesar que su madre tenía tan buena mesa, cuando está de que hago todo lo que puedo por tenerlo contento. ¡Oh, fué una maldad!

No toméis un aire tan terriblemente sério, Catalina. En aquel instante se puso á llorar mi hijo, y me vi obligada acudir á él antes de acabar mi dolorosa letanía; pero bastante había avanzado por el mal camino. Comencé á calmarme con la idea de que toda la culpa era de mi marido. Yo estaba muy incomodada por haberle respondido tan

bruscamente; pero creía que él debía sentirlo como yo. Antes que mi hijo hubiese concluido de llorar, formé el propósito de no manifestarme arrepentida, antes que mi marido mostrara su arrepentimiento.

Me lavé la cara para borrar las huellas de las lágrimas, me vestí con una atención extraordinaria, y bajé á decir á la vieja Brígida que cuidara mucho de la comida. Hicé aquello con la actitud de una víctima. Quería obligar á mi marido á arrepentirse de su injusticia, dándole, por toda queja, una comida tan buena como la de casa de su madre. Y para avivar sus remordimientos, le preparé yo misma una excelente taza de café, nuestra bebida favorita.

La una sonó; se abrió la puerta; oí los pasos de mi marido. ¡Silbaba! Se sentó á la mesa con la mayor calma sin dar señales de la borraca pasada. Dirigió en torno suyo una mirada de satisfacción.

—¿Qué comida tan sazonada, Anita! exclamó.

—Celebro mucho que os parezca así, respondí yo con cara compungida.

—¿Buen azado! ¿el mejor que hemos comido en todo el año?

En una palabra, tan satisfecho estaba con la comida que yo le servía, comió una tierna queja, que no se apercebí de mi mal humor. A la vez estaba yo triste y alegre, pero no abría la boca sino para responder á sus preguntas. Después de los postres, yo le serví el café. Quedóse sorprendido.

—Anita, dijo, creo que habeis tratado de probarme vuestra habilidad.

Habia adivinado, pero sin sospechar mi designio. Mi primer impulso fué el de responderle francamente. «¿Es tan bueno como el de casa de vuestra madre? Esto lo hubiera dado la llave del secreto, hubiera comprendido toda, y al punto hubiéramos hecho las paces. Pero estaba avergonzada. Sorbí mi café en silencio. El momento durado pasó, y mi buen ángel huyó. El orgullo quedó dueño del campo. Comencé á resentirme viéndolo gozar así de mi comida, y olvidando el disgusto que me había ocasionado. Como tenía mucho que hacer aquel día, no se quedó tanto tiempo como de costumbre á hablar conmigo, sino que se fué alibando más alegremente aun que antes de comer.

Volví adonde estaba mi hijo, pensando en la conducta que debía observar. El niño dormía; le lluvia esotaba las ventanas; el viento mugía, y el ruido me parecía triste como una lumba. Me había fatigado preparando la comida; y ahora que la excitación había pasado, y que sentía la reacción, me preguntaba qué ventaja me había producido. Ni la más pequeña. Mi marido no había observado que era objeto de reconciliación. Echéle en cara su insensibilidad. En otro tiempo, pensé yo, hubiera observado la más ligera alteración en mi voz, la menor nube en mi alegría; hoy puedo estar realmente enfadada contra él sin que lo sospeche.

La tarde me pareció eterna. Estaba agitada é inquieta, enmascaba una y otra ocupación sin que nada me agradase; y bajé por el té, mas distante quizá del buen camino que lo había estado al mediodía. Sentéme á la mesa, triste y silenciosa. Mi marido intentó dos ó tres veces empujar la conversación, pero sin éxito.

—Anita, dijo en fin con bondad, ¿no estáis hoy buena?

—No, del todo, respondí suspirando.

—¿Qué tenéis?

—Dolor de cabeza. El niño no me ha dejado dormir en casi toda la noche.

Esta era la mitad de la verdad, y me juzné culpable por darme en este punto. Él me estimó á que me recinara en un canapé, y me propuso el té en un poró.

Sentí su amabilidad; era la de los tiempos anteriores. Aunque el nuevo no tuviese mas que un día, me se figuraba una eternidad. Pero no era lo que necesitaba. Quería una explicación clara, y no que equivaras la dificultad, y resolví estar con aire mohino hasta que llegase esta explicación, hasta que conociera que después de tal desazon no podía volver á ser feliz, sino con un arrepentimiento y un perdón recíprocos. Por eso no quise ir á la lectura, y dije que necesitaba acostarme. Dejéle en un salón, con su quinqué, su libro y un buen fuego, todo como cuando era soltera; subí á mi cuarto, me metí en cama, y me dormí llorando. Os reís, Catalina, pensáis que estaba loca. Tenéis razón; ahora yo también lo creo.

—¿Y en qué paró todo esto, Anita?

—Una semana me mantuve así, cada día mas triste y disgustado. Cuando me quedaba sola, cogía el niño y lloraba como si hubiera muerto mi marido, como si no tuviera nada en el mundo mas que aquel niño; ¡Dios mío! ¿Cuán desgraciada era yo! y mi desdicha crecía todos los días. Cuantas veces veía á mi marido, descubría en su conducta algun nuevo motivo de disgusto; tan pronto tenía mucha prisa como muy poca; hablaba demasiado ó casi nada.

El soportó con paciencia mi mal humor, persuadido de que yo estaba mala. Un día vino á decirme que tenía ocho días de licencia, que había alquilado un carruaje y que debía preparar el equipaje mio

de mi hijo, porque íbamos á partir dentro de una hora. Debimos ir á pasar la semana en casa de mi madre.

— Tanto vale pagar los gastos de viaje como las visitas de médico, querida Anita, dijo él. No quiero que os amortiguéis como lo haceis de algunos días á esta parte. Vamos á despedir á Brígida, á cerrar la casa, á huir de todo enojo y distraeruos un poco.

Todo iba dicho con tanta bondad, que tuve desseo de arrojarle al cuello de mi marido y de llorar abundantemente pensando en mi atroz conducta; pero aun no habia llegado el momento de explicarnos. Dime, pues, prieta á preparar mis cosas. Antes de estar á la mitad de mi tarea, resolví decirle todo desde el principio hasta el fin. En el momento en que tomé esta determinacion me senti aliviada de un peso enorme; mi corazón parecia ligero como una pluma, mi voz, mi fisonomía, todo habia cambiado. Yo lo sabia, y mi marido lo notó apenas lo vi á la hora convenida.

— Y bien, Anita, creo que los preparativos de viaje os han curado. Ahora lo mismo será que nos quedemos en casa.

— Hé aquí mi historia, Catalina. El resto os parecería muy poco interesante.

— No, no, Anita; me privaríais de lo mejor. Contadme cómo hicisteis las paces.

— Subimos al carruaje y viajamos alegremente hasta el anochecer. El niño se durmió. La naturaleza estaba tranquila y serena; yo enviaba aquella tranquilidad. Lágrimas de verdadero arrepentimiento brotaron de mis ojos y cayeron sobre mi hijo antes de que yo lo observase. Mi marido volvió la cabeza y las vió.

— ¡Cómo, Anita! dijo con mucha sorpresa, ¿qué tenéis?

— ¡Oh! estoy disgustada, respondí.

— ¿Por qué, querida mía? ¿No sois feliz? ¿Qué os atormenta?

— ¡Sentí tanto el haber sido tan mala esta semana!

— ¿Qué queréis decir? preguntó con un aire cada vez más cortado.

— ¡Cómo! ¿No lo sabéis?

Y empecé á contarle toda mi historia; cómo me habia vestido muy trillable y me habia dejado llevar de mi mal humor para responderle bruscamente, cuando me dijo que lo que se comía en nuestra casa no era tan bueno como lo de casa de su madre; cómo aquella me habia trastornado; cómo él lo habia olvidado sin procurar una reconciliacion diciéndome que se arrepentia; cómo habia estado ocho días pensando en ello; cómo se habia todo aquello envenenado en mi corazón, emponzoñando todos mis gozes; que torrentes de lágrimas habia vertido en la soledad, pensando que todo se habia concluido entre nosotros y que jamás nos amáramos ya como nos habiamos amado antes.

— Escuchóme sin decir palabra y enseguida se echó á reír.

— ¡Quisiera saber, Anita, dijo él, si habeis estado mala por eso toda la semana?

— Ciertamente.

En esto paró el caballo para dar la vuelta.

— ¿Qué vais á hacer? le pregunté.

— Volver á casa, si es ese todo vuestro mal.

Salté la carrajada con tanto gusto como él, porque mi pecado estaba ya confesado y me sentia feliz. Pero tiré de la otra rienda y aceleré con la justa las orejas del caballo, que partió al galope en la direccion de la morada de mi madre.

Pero entonces tomamos esta resolucion, que si otra vez llegáramos uno de los dos á tener alguna queja del otro, nos podríamos una explicacion antes de que se pusiera el sol, á fin de poder retirarnos á dormir, si no en paz con todo el mundo, por lo menos en paz el uno con el otro. Desde aquella época siempre hemos guardado fielmente nuestro compromiso; jamás he pasado una semana mas desgraciada que aquella de que os acabo de hablar, y creo firmemente que no la pasaré otra vez.

Esper, Catalina, que seréis tan feliz con Enrique, como yo lo soy con mi marido. El mejor voto que puedo formar por vos es que la primera desazon que tengáis con vuestro esposo sea tambien la última.

AVENTURAS DE UN LOCO-CORONADO.

CAPÍTULO III.

EL CONSEJO.

Cusado los senadores de que se componia ordinariamente el consejo, entraron con sus heutes cavilosas en el salon que amaban de dejar los cortesanos; el primer objeto que descubrieron fué el rey acostado sobre la mesa entre los vasos, las botellas, los platos, las servilletas manchadas de vino y los frascos de aguardiente y ginebra. A pesar de la impresion dolorosa que les produjo la vista de este desorden y la de su embriagado soberano, dieron vuelta á la mesa incli-

nándose con respeto y luego se retiraron á una habitacion inmediata para esperar á que pasara el letárgico sueño del rey.

La sala del festin habia vuelto á quedar en silencio, y el gran espejo de Venecia no retrataba otro convidado que Carlos XII, cuando una puerta se abrió, una mujer entró de puntillas y la puerta volvió á cerrarse. Esta mujer, cuyo elegante porte anunciaba una dama distinguida, tenia el rostro medio cubierto por una mascarilla de terciopelo. Se acercó al rey dormido, le miró con una piedad que indicaron los movimientos de su boca, y luego le dió un ligero golpe en la espalda con su abanico. Como el rey permanecia insensible le dió otro con mas fuerza. Al tercero el rey se despertó sobresaltado y miró con el embrutecimiento de la embriaguez quien osaba despertarlo así.

— Mi arma no es mas que un abanico y soy una mujer.

— Esa voz... la conozco, balbuceó el rey apoyándose en su brazo izquierdo... sí, la conozco... sois...

— La dama de honor de la señora Aurora de Konigsmarek.



(Hernando de Céspedes.)

— La hermosa Georgina...

— Oh! hermosa...

— La mas hermosa para quien no ha visto á vuestra ama... Pero ¿por qué ese antífaz... esta visita á esta hora, esta sorpresa...

— Por llegar á vos sin ser reconocida.

— Pero...

— Para veros...

— ¿Queréis hablarme?

— En secreto quiero hablaros de mi ama.

— ¡Qué hermosa est! exclamó el rey con la pesadez del vino; qué divina es la condesa de Konigsmarek... ¡qué frescora hay en su rostro... ¡qué expresion en su mirada! ¡Oh! cuánta simpatía inspiro... cuánta ternura... cuánto amor!... Y añadió cogiendo la mano de la que creia ser Georgina. ¡Vos, la amo como amo en este momento al sueño que pesa sobre mis ojos, que me anonada, que lo agita todo dulcemente delante de mí... La amo como á esta mesa que no dejaría por el mejor lecho del mundo... y por ser amado de ella daría todo mi reino y los dos mares que le bañan... sí, los daría. ¿Por ser amado de ella qué no daría yo?

— Y bien, sois amado, dijo la enmascarada.

El rey oyendo esto, agitó con tal fuerza el brazo de la condesa que la hizo dar un grito.

—Soy amada de la condesa! exclamó con la risa irónica que le acababa cruzado se agitaban sus nervios, ¡soy amada de la condesa!

Y no dejaba el brazo de la condesa que le dijo:

—Peo, señor, vuestra felicidad como todas las del mundo tiene su mezcla.

—¿Qué queréis decir?

—No me atrevo... sin embargo, mi conciencia... mi franqueza...

—¡Hablad, exclamó el rey á quien la fuerza de su pasión prestaba un rayo de lucidez, hablad.

—Otros que vos no habéis podido ver á la condesa sin sentir cierto tierno interés...

—¿Es posible?...

—Señor...

—Y bien...

—Teneis un rival.

—¡Un rival! exclamó Carlos XII, después desenfrenado en todos sus riva! Esta noticia produjo en él un efecto que la condesa esperaba, aunque sin creer que fuese tan violento. Abandonó el brazo que apretaba con fuerza, y echándose hacia atrás para levantarse, apoyándose en los puños, con los ojos chispeantes y los labios espumosos, replicó: ¡Ah! ¿con qué tengo un rival? ¿y quién es? ¿Es ese que está ahí? ¿Aquel de mas allá? ¿aquel otro que está entre aquellas columnas? ¿Señalaba las estatuas de la habitación. Imagínese si el aguardiente produciría efecto sobre él.

—Ese rival es uno de vuestros cortesanos, le dijo por lo bajo y temblando la enmascarada.

—¿Uno de mis amigos?

—De los mas íntimos.

—¡Montes! dijo el rey llevando la mano á la máscara de la condesa para arrancársela.

Creyéase esta pérdida... iba á ser vista por el rey.

Demasiado débil, sin embargo para sostenerse en un solo brazo, Carlos XII cayendo de un lado tuvo que abandonar la máscara para sostenerse. La máscara fué desatada solo, pero la condesa volvió á atarla al momento.

—¡El nombre de ese rival que osa aspirar al bien del rey! exclamó Carlos XII, ¡su nombre!

Colocada mas lejos del rey, cuyas uñas acababa de experimentar la condesa, respondió:

—¿Para qué querer saberlo?

—¿Para qué callarle? Exclamó el rey rechinando los dientes, es Heuschild?

—¡Oh!

—¿Es Olof?

La hija Georgina soltó una carcajada tan fuerte á este segundo nombre que el rey continuó rápidamente.

—¿Es Mikus? ¿Es Erre?

—No, no... murmuró débilmente la condesa.

—¿Es Megret? Es...

La condesa calló, de modo que Carlos XII imaginó al momento que su rival no podía ser mas que el aventurero francés, lo que era para él el asombro de los asombros, porque Megret era muy feo.

La condesa no quería dejar que se cambiase en ceribuzabre en el rey la suposición hija de sus celos, y añadió:

—No, no os diré su nombre.

—¿No es él?

—Sois terrible, señor.

—¿Pero qué es entonces? exclamó el rey, á cuya imaginación vino un nombre que desechó como un mal pensamiento sin pronunciarle.

—Vos lo creereis todo cuando la hayáis descubierta por vos mismo, dijo la condesa avisando de nuevo al rey en sus dudas.

—¡Mikheou! ¡si le encuentro!... Oh, la traidora tan cerca de mí, en mi posición, en mi mesa. Quien me haya engañado morra, es lo juró sea Benchito, sea Herman, Olof, Megret...

El rey se detuvo el nombre de Megret, al cual volvía con gran placer de la condesa, pues el aventurero francés, mas sutil y mas poniente que los demás oficiales suecos, le daba más especialmte desde la última caza. Indisponiéndole con el rey, conseguía un doble objeto; pero la importancia mantenía en duda.

El esfuerzo que acababa de hacer Carlos XII exaltándose, le dejó aun mas pesado y le hizo caer de nuevo sobre la mesa como si la pesadéz del sueño después de haberle despertado un momento, le revolviése con mas imperio en el obitismo de los suecos.

—El amor ya con furor á Georgina bajo el nombre de la condesa de Kuenigsmarck, dijo la condesa quitándose un momento la careta para respirar, yo le he dado celos y por consiguiente va á amarla aun mas; debo de asegurar para siempre mi conquista. A la verdad... vale la

pena de que se me emplease para esto esa niña [sic]... Esta muerte y su reino pertenecerá á quien le oja. Cógelo pues.

La condesa tomó en seguida de nuevo el mismo por donde habia venido; dió dos golpes con el abanico en la puerta por donde habia entrado y la puerta se abrió, apareciendo en ella un criado. La condesa salió con él y ambas cruzaron las galerías de palacio que la condesa tenía derecho de recorrer á cualquier hora, como amiga de la hermana de el rey y de hacer abrir á su dama de honor, título que habia tomado con los criados que la habían dejado pasar.

Un cuarto de hora después de esta escena da que el rey no debía de acordarse mas que como de un sueño, los consejeros entraron en la sala del banquete á ver si estaba en estado de recibirlos; pero su resolución estaba tomada.

Sentáronse en silencio en los mismos asientos que poco antes ocupaban los amigos del rey, y durante media hora esperaron que les preguntase el motivo de su presencia, porque no era comun que vinieran á hablarle de asuntos de Estado en medio de sus orgías. El rey persistía en su posición horizontal. Entre los senadores estaban los doce á quienes el rey habia humillado en la caza obligándoles á luchar con el oso. El letargo de Carlos se prolongó, á mas allá de los límites del respeto y los consejeros se decidieron á abrir la sesión y agitar la imperiosa cuestión para que se habian reunido. La salvación de Suecia dependía de su pronta deliberación. El senador Bath se habló el primero.

—Tres poderosos monarcas, dijo, se han aliado contra la Suecia: el rey de Polonia, el de Dinamarca y el Czar de Moscovia.

El senador se dejó interrumpido por una voz que pasando á través de la cerradura de la puerta vino á añadir un escándalo á tantos escándalos. Un rufián que imitaba perfectamente el canto del gallo habia tocado al grado con algunas variaciones y las carcajadas del de la pieza vecina acompañaron esta burla.

Dalberg continuó sin moverse.

—Fácil es adivinar lo que quieren esos tres reyes ligados contra el nuestro, esos tres reinos contra nuestro reino.

—Queréis apoderarse de la Suecia, dijo á su vez el consejero Falkenberg.

—Y reparársela, añadió el baron Sparre Fabricius, con indignación.

El rey que estaba acostado del lado derecho se volvió del izquierdo.

—Si, proyectan bravamente repartirse nuestra patria, de donde salió el famoso Gustavo Adolfo que tanto les hizo temblar.

Al nombre de Gustavo Adolfo todos los senadores se levantaron inclinando la cabeza.

Al mismo tiempo atravesó por la cerradura un segundo grito no menos salvajemente imitado que el primero, pero esta vez imitado por el bozo. La particion está ya arreglada, prosiguió Falkenberg; el Czar, nuestro vecino, se apropia la Olivonia, el rey de Polonia Federico Augusto la Suecia, y el rey de Dinamarca la Noruega. En otro tiempo esta burla no hubiera hecho mas que excitar la risa de la valerosa nación sueca pero ¿quién hubiera osado hacerla en otro tiempo? En tierra y mar nuestro pequeño imperio dirigido á nuestros enemigos y respeto á nuestros aliados, y ahora se nos amenaza, se nos ataca, se nos invade!

—Se nos invade! murmuraron con dolor los demás consejeros.

—Los sajones han entrado en Diconia, prosiguió Falkenberg, y la Diconia es á la Suecia, lo que la hija á la madre. Esta es la primera vez que el extranjero pone el pié en nuestro reino. Se ha envalecido con nuestra debilidad.

—Con nuestra indiferencia, dijo Dalberg.

—Con nuestra cobardía, añadió Sparre.

—Y enredó sobre Stokolmo, clamaron muchas voces á un tiempo.

El canto del gallo y el del asno habían sido sobrado bien imitados para que el del perro no tuviera el mismo honor. La ardiente indignación del consejero fué acogida en la pieza inmediata por burlidos tan numerosos y variados que era fácil adivinar que no los producía todos un mismo pecho. Cada cortesano participaba lo que podía de aquel concepto. No se podía desear un conjunto mas ruidoso ni mas orgulloso.

En cuanto al rey, dejó de estar acostado sobre el lado izquierdo para ponerse boca arriba.

—Y cuando se piensa, prosiguió Falkenberg que se levanta enfrente de la Suecia, al otro lado del mar un hombre, cuyo robusto genio no se detiene ante ningún obstáculo, que estendiendo su imperio de la mar glacial al Mediterráneo, del Báltico á la China á través de las selvas que abata, que es á un tiempo, emperador, general, gran sacerdote, almirante, legislador y creador de su pueblo, porque lo ha creado todo, su capital, su armada, su religión, sus leyes y su nación; cuando se piensa que Pedro Alexiowia, á quien la posteridad llamará sin duda el Pedro el Grande, está entre nuestros enemigos, es uno de los tres reyes cogidos contra Suecia ¿cómo no deplorar la suerte de nuestro país expuesto á tantos golpes redobladados, á tantas desgracias ciertas?

El viejo consejero Axel que hasta entonces había escuchado en silencio, usó de la palabra para decir que importaba solo en una circunstancia tan grave recurrir á los medios de defensa oponer la fuerza á la fuerza, la armada á la armada, cañon á cañon, hombre á hombre.

—Pero quien puede hacer eso con su voluntad soberana, objetó amargamente Falkenberg ¿no es el rey?

—¿Pues que sea el rey! replicó con ojeo Axel.

—El rey es muy joven, dijo un consejero con ironía.

—El rey está enfermo, dijo otro con compasión.

—¿Ved ahí al rey! dijo el congrejo Axel, que llevaba aun en el rostro la señal de las sangrientas garras del oso. Ved ahí al rey... con eso está dicho todo; ese montón de miembros enervados, ciegados, fatigados por el exceso de los licores, ese es el rey que podemos oponer á tres reyes jóvenes, valientes, enérgicos, cuyas tropas pisan ya la Suecia.

Cuando de ansiedad en ansiedad, inspirados por la suprema ley del peligro, los consejeros llegaron á hablar así en presencia de su dueño, están cerca de traer á los desechos de la corona, para salvarla salvando el país.

El anciano Axel prosiguió. Si Dios no quiere que se deponga á los gobernans que el mismo ha elegido, no puede querer tampoco que los Estados perezcan, porque también son obra suya. Ved el medio que propongo para impedir que nuestra patria sea presa de esos tres buitres que se ciernen sobre sus nieves. Hemos cometido una falta quitando la regencia á la reina Eleonora de Holstein, viuda de Carlos X y madre de Carlos XI para ponerla á Carlos XII, que no debía de ser rey hasta los dieciocho años. Hemos salido de la ley... volvamos á ella al momento.

—¿Quitar la corona á Carlos XII? exclamó un consejero español.

—Para volvérsela más tarde; cuando comprenda los deberes que le impone. Mientras tanto pongamos el cetro y el poder en manos de su abuela Eleonora de Holstein.

—La reina viuda, respondió el baron Sparre respetuosamente, está en la extrema ancianidad, y acaso conviene el reposo á su augusta cabeza, que una corona...

Otro senador añadió.

—La reina viuda ha bajado ya dos veces del trono, ha sufrido otras aventuras y peligros; su presencia va á atraer en torno del trono los partidarios de su modo de gobernar, que no era el mejor, pues la hemos quitado la regencia antes de tiempo.

Un tercer consejero fué más franco.

—Oponer la prudencia especial de una mujer á la ambición hostil combinada de tres reyes jóvenes... ¡Pensad lo que haceis.

Españoles estas palabras salieron como llamas de la boca de Axel.

—¿Conocéis otro medio mejor de salvar la Suecia? Proponedlo, porque es preciso salvarla y salvarla pronto. La tierra tiembla bajo nuestros pies; el horizonte arde. En este momento el enemigo viola, saquea, quema nuestras ciudades, destruye nuestros rios, esas fortalezas flotantes de la Suecia, insulta su bandera, azote del leopardo, roba nuestras iglesias y nuestro erario, degüella á nuestras mujeres... y nosotros ¿qué hacemos?... ¡Nada!

—En los momentos de peligro, en la hora de agonía de las naciones, hay siempre de esos buenos viejos como Axel que se llaman ya el sabio Nestor, ya Malco Molo, ya Axel. Dios toma su rosario sublime para inspirar á los débiles el gran impulso de la revolución contra la tiranía que se despierta ó la monarquía que se duerme.

Axel derramando lágrimas alzó al cielo sus brazos temblorosos.

Los consejeros se dejaron llevar de su ejemplo ó invocaron en silencio con el pecho conmovido, el auxilio de Dios, y el cuadro que produjeron fué sublime por el contraste. En torno de una mesa derribada por la orgía, augustos ancianos, padres de la patria, suplicaban al cielo con dolor que salvase la Suecia, mientras que el rey acostado sobre la mesa dormía...

De repente la habitación vecina retumbó al ruido formidable del resonante cantar de los compañeros del rey, que causados de imitar la voz de los animales—Todo cansa, basta lo mejor—cantaban la cínica y popular canción sueca, cuya estridido dice:

Nunca se bebe bastante,
Nadie bebe demasiado;
El que resiste que beba
Y curará si está malo,
Curará, curará,
Y sino se morirá.
Pero que beba
Enfermo ó sano:
¡Haced que beba!
Bibet et moriatur.

Este estridido ronco, ébrio, ardiente, entonada con furor, fué entrecortado por esta oración cordialmente exhalada del pecho de los senadores.

—¿Quién salvará nuestra patria? Dios nuestro, ¿nos abandonarás en el peligro? Perdónanos nuestras faltas, óyenos, señor. Si tú no nos salvas, ¿quién nos salvará?

—Yo, exclamó una voz tronante como la de la trompeta del juicio, y Carlos XII se levantó sobre la mesa sacando la espada.

—¡El rey! exclamaron todos.

—¿Carlos XII se despierta!

—Dios mio, ¿no habrás oído?

—Si, yo os salvaré, yo salvaré la Suecia. Son tres reyes contra nosotros; aunque sean dorel Qué pasen el Báltico que vengan! Tenemos bastante nuevo para enterrar sus tres ejércitos. No nos vencerán, os lo juro sobre mi espada. Miradla, es la de Gustavo Adolfo!

La frente de Carlos, que como se sabe, era muy grande, pareció aun mayor en este momento; su infernal ardor guerrero que debía espantár á toda Europa, se revelaba en aquella huesosa cima iluminada en su base por dos ojos vivos, largos óvalos blancos, en cuyo centro destellaban dos pupilas aseradamente brillantes. Su mandíbula desmesuradamente larga, caracterizaba aun mas su fisonomía, y la extrema blancura de su piel, manifestaba que en este momento su sangre como su cólera se había retirado al corazón.

—Señores, prosiguió trasfigurándose poco á poco, aunque ya estaba enteramente despierto: sois leales servidores, sabios y valerosos consejeros, leales suecos, habeis hablado y obrado bien, no habeis temblado; merecís ser recompensados y lo sois, pues encontraré á vuestro rey.

—¿I, le encontramos!

—Viva largos años.

—Que no sea esto un sueño! osó decir Axel, incrédulo aun ó al menos dudoso de este milagro.

—No es un sueño, aunque no sé si es un milagro, exclamó Carlos XII: es una verdad. En seguida llenando de agua la copa mas grande que encontró dijo antes de beber.—A vuestra salud. He aquí el vino vivo que Carlos XII se condonará á beber, os lo juro, lo restable de su vida. Podéis retiraros, señores consejeros: vuestra obra de valor ha terminado, y la mia comienza ¡Cómo acabará? Sobelo Dios.

Admirados y enternecidos los consejeros salieron en silencio con la frente descubierta y radiante de esperanza, como los reyes magos después de haber visto al Salvador.

En cuanto hubieron salido, el mismo Carlos XII fué á abrir las puertas á sus alegres compañeros que entraron en tumulto; tan ébrios por lo menos como antes del consejo, no habiendo oído nada de lo que había pasado entre el rey y los senadores. Para lo cual habla sus razones.

—Señores, les dijo el rey, Regocijaos, durante el consejo he pensado en vosotros y vuestros placeres. Empezamos á cansarnos de no encontrar ninguno nuevo... yo he descubierto uno que os agrada.

—¿Y qué placer es ese? preguntó Eric apoyándose en Olof, que se apoyó en Herman, que se apoyó en Megret.

—¡Vive Dios! eso se adivina! ese nuevo placer es un nuevo modo de beber, exclamó Olof rojo como la escarlata.

—No, un nuevo juego, interrumpió Megret, cuya embriaguez era blanca como la lavina.

—Decid más bien que es un nuevo modo de cazar osos, murmuró Reuschild.

En fin, cada compañero de Carlos XII afirmó segun sus gustos que el placer de que hablaba el rey no podia ser otro que un refinamiento de su pasión querida.

—No habeis adivinado, señores, les dijo el rey. El placer que pretendo dáros á conocer es mas vivo que el juego, que la caza, que la orgía; es un placer digno de un rey y de hombres como vosotros. Este placer es la gloria.

Si los desórdenes habían fatigado y abatido á aquellos cortesanos, no había aun degradado enteramente su carácter, y la gloria se parece demasiado á la guerra, la guerra se parece demasiado á la caza, para que no se llamasen sobre todo en su estado á la voz del rey que les hablaba de gloria, placer efectivamente muy nuevo para ellos.

Carlos XII prosiguió con el mismo entusiasmo:

—Partiremos dentro de breves dias.

—¿Adónde? preguntaron á una voz todos los cortesanos excepto Reuschild, abrumado de pesar por este acuerdo que destruía su promesa hecha á Aurora.

—Partimos á la guerra, respondió Carlos.

—¡Viva el rey! ¡viva la guerra! exclamaron todos poniendo mano á la espada después de haber gastado algun tiempo en buscar el puño.

—¡Pláceme veros tan dispuestos á secundarme.

—¿Y quién nos quiere hacer la guerra, preguntó Reuschild, es Dinamarca?

—¿Es Polonia?
 —¿Es Moscovia?
 —Las tres, exclamó Carlos XII; nos echan el guante.
 —¡Le recojemos!
 —Reuschild, tú serás mi general.
 —Sí, señor.
 —Lieven, tu mandarás la artillería.
 —Sí, señor.
 —Olof, los dragones seguirán tus órdenes.
 —Sí, señor.
 —Herman, tú mandarás las tropas de mar.
 —Sí, señor.
 —Megret, os he nombrado mi ingeniero, me construireis fortalezas.
 —Y os las tomaré, señor.
 —Y tú, Reginold, serás mi ayudante de campo. Escribirás mis órdenes y las llevarás á través de las balas. Es la misión mas peligrosa.
 —Y la mas honrosa, señor; os doy gracias por ella, respondió Reginold, siempre pálido y pensativo, pensando que no volvería á ver á la condesa, aunque dichoso en su dolor por la heroica determinación del rey. Sus lágrimas eran gloriosas y amargas; su valor ansiaba ya el peligro y corría á él mientras que su corazón, vencido por el amor, se unía cada vez mas á la Suecia, y carecía de fuerza para abandonarla.

(Continuará.)

UN GOLPE EN VAGO.

Ya el triunfo de vuestras armas
 En tod. Cuba se sabe,
 Y herido de negra envidia
 Se agita Diego Velazquez.

Con mucho disgusto ha oido
 Que yendo á buscar las naves
 Os hayais vos apartado
 De rendirle vasallaje.

Estando en esta comarca
 Del rey por representante
 Dicen que asaz ha sentido,
 Y lo cuenta como ultraje,
 Que de tantas regalias
 Como en esta tierra os hacen
 Hayas al César mandado
 Un barco de vuestra parte
 Henchido de barras de oro
 Y de vistosos plumajes.

Por esto los enemigos
 Que allá en Santiago dejasteis
 De vuestra honradez murmuran
 Con desenfado y coraje,
 Que diz que de ingratitudes
 Habeis hecho siempre alarde,
 Bien pudierais, buen Hermano,
 Torcer el rumbo, si os place,
 Para aplacar las habillitas
 De esos hombres miserables
 Que solo mueven las lenguas
 Cuando no hay quien se las saque.

Yo bien sé que esa jornada
 No os fuera del todo en valde,
 Que conocer os importa
 Un traidor de alto linaje,
 Que con achaques de amigo
 Os vendió como un alarbe.

No arrugueis, Hernan, el ceño,
 Que aunque da honor al semblante,
 Bien se vé que sois un mozo
 Que habeis una alma de ángel.

Fuisteis incauto aquel dia
 Que á Santiago abandonasteis
 Que allí el traidor se quedaba
 Con vuestra ausencia gozándose
 Al lado de Catalnia,
 Al lado de vuestra amante,
 Y ese traidor, os lo digo
 Porque vuestro enojo estalle,
 Es el mismo que hoy murmura
 De veros aquí tan grande.

Alzóse Hernan de la silla
 Sin dar muestra de alterarse,
 Y al licenciado Juan Diaz
 Así contestó arrogante:
 «Porque vos me lo habeis dicho,
 Y os doy las gracias, buen padre,
 Sé que el triunfo de mis armas
 En toda Cuba se sabe.

No me importa que envidioso
 Se agite Diego Velazquez,
 Ni me avergüenza que diga
 Que soyas son esas naves;
 Que si honores al rey debe
 Bueno será que los pague.

Nunca á don Diego he jurado
 Obediencia ni homenaje;
 Solo al rey lo he prometido
 Y al rey solo he de humillarme.

Por eso de los regalos
 Que en esta tierra me hacen
 Un barco henchido de oro
 Vogando va por los mares.

Desprecio los enemigos
 Que allá en Santiago me tachen,
 Que murmurar por la espalda
 Es oficio de cobardes,
 Que no merecen la honra
 De que sus lenguas les saque.

En cuanto al tenaz don Diego...
 Dejad, por Dios, que aun no es tarde
 Para probar que es de un tigre,
 Alma que juzgais de un ángel.

Por lo tanto, fraile honrado,
 Dejad que los otros hablen,
 Que es propio de hombres pequeños
 Ocuparse de los grandes.

Y volviéndole la espalda
 De la habitacion se sale
 A tratar de sus conquistas
 Con los demás capitanes.

Entonces el licenciado
 Toma papel y al instante
 De lo que ocurrido habia
 Mandó á don Diego un mensage.

ANTONIO HURTADO.

JEROGLIFICO.



Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.